



SEMBLANZA HUMANA - ANECDOTICA DE MANUEL FRAGA

Querido lector (y acaso elector):

Imagino que cuando leas este boletín electoral ya tendrás formado criterio sobre a quién (partido o coalición) vas a votar; no importa. Sin embargo, pretendo que leas esta carta-reportaje escrita por un colaborador y amigo de Fraga, que le conoce muy bien, y aspira a transmitirte sus conocimientos —un conjunto de anécdotas y «detalles»— configuradores de su personalidad pública y privada.

Si me he decidido a revelar estas cosas que te cuento, en tono desenfadado y desmitificador, ha sido para salir a paso de agresiones y ataques a la forma de ser de Fraga que producen muchos enemigos o adversarios sin pararse a pensar si dicha campaña se les puede volver en contra como expresión de su falta de ética. Es lo cierto, además que una imagen como la suya, tan atacada y denostada jamás se ha abierto camino con tanta facilidad entre quienes le atacan. Acaso sirva la conclusión castiza: «Que hablen de uno, aunque sea mal.»

Ciertamente, el propósito de este trabajo es el de presentar a Fraga, primer candidato de Alianza Popular por Madrid, traspasado de humanidad, tal como es, sin intermediarios de ningún tipo y merced a la narración atrevida de un gregario suyo (o doméstico) que intenta un último «tirón» en esta alocada carrera electoral. En este «sprint» los españoles construimos historia, y la anécdota, según dijo Winston Churchill, constituye un pequeño y reluciente juguete histórico que permite radiografiar a su protagonista.



LA dueña del «Washington Post», Mrs. Graham, todo un carácter capaz de contribuir a la destitución del presidente Nixon, me preguntó muy interesada sobre la definición de Fraga como político durante una cena en el restaurante Jockey. Influenciado por el sitio, mi respuesta fue una «vo-lea»: «Es todo un pura sangre de la política.» La dama rió complacida, como asintiendo, y añadió más o menos que en política aquella es una buena condición cuando hay campo para correr.

A Fraga, quizá por su activa acometividad, se le oponen más obstáculos que a los demás, y para sortearlos, sin tocar los listones, hace falta una cintura de corista y el resuello de un fondista. Pero retroceder, jamás. Su espíritu, conforme ha dicho Ricardo de la Cierva, es inextinguible, porque siempre mira adelante; Fraga no declina, no se arredra y sigue en su idea de ir hacia adelante aun a costa de dejarse tirones de piel en el camino. Ahora bien, de malicia, ninguna.

Si mira siempre de frente es porque no se vence. Patricio Lumumba inició la captura del blanco en el Congo belga porque los blancos perdían el culo en lanchas y barcas río abajo del serpenteante Congo. Y así dijo: «Los blancos huyen, luego son objeto de persecución.» Fraga se detiene y no se esconde ni retira aunque sea por estrategia. Cuando aceptó el Ministerio de la Gobernación, muchos amigos le dijeron que ese Departamento, con los problemas de orden público tan gran-

des, le «abrasaría» políticamente. Y contestaba que no hay ministerios que quemen más o menos si lo que no se extingue es el espíritu de servicio al Estado. En estos días, como se comenta que Alianza Popular no alcanzará la minoría más numerosa en las Cortes, replicará: «Pero habremos construido un sólido partido para el futuro.»

UN ALDEANO DE LA FRAGA GALLEGA

El es de origen humilde, de una familia de campesinos gallegos. Cuando evoca recuerdos de su infancia, Fraga casi se emociona, con sentido admirativo hacia sus padres, emigrantes a Cuba desde el inicio del matrimonio, del que nacerían doce hijos, el mayor de ellos Manolo.

Lo que no cuenta Fraga es posible que sea por no ver perturbada su intimidad, es que fue maestro de su padre en la instrucción elemental. Manolo le dio clases justificando el aforismo de Valéry: «No son los padres los que hacen a los hijos, sino los hijos a los padres.» Y es que Fraga ya estaba en el itinerario de su compacta formación universitaria que le llevaría a ser «número uno» en cuanto se ponía.

¿Puede considerarse a Fraga un gallego de pura cepa? Entiendo que no. Admite —con cierto prurito de orgullo— ser gallego por padre y navarro por madre. De aquí esa combinación de agudeza y perseverancia. Hace poco tiempo, con ocasión de confesarle yo que le había llamado «aldeano llegado al Olimpo de la Cultura»,

me cortó y me dijo: «Soy un aldeano y no puedo negarlo.»

A pesar de vivir en la ciudad, de ser un capitalino al que no dejan abandonar el despacho, aprovechará cualquier fin de semana o día de fiesta para escapar al campo. Es el retorno a la Naturaleza para empaparse de oxígeno. Creo que su afición a la caza y a la pesca es un puro pretexto para patear el campo, escalar repechos y vocear de una ladera a otra. Si está de vacaciones o, como cuando era embajador en Londres, tiene tiempo libre, su afición es la de pasear con un improvisado garrote en campo abierto o, en la ciudad del Támesis, con el paraguas por Hyde Park.

Me cuentan —a esas horas yo no ejerzo— que en verano sale de su casita («La Dorna», allí en Perbes) de madrugada con alguno de sus hijos y, tras correr por la playa, se echa al mar en una barquita hasta el mediodía. De lo contrario, con una tabla de gimnasia va listo.

UN HOMBRE DE ACCION

Corría el mes de diciembre de 1976 cuando me citó, un domingo por la tarde, para que me fuese a trabajar con él, en Gobernación. Prevenido por mi familia del sitio al que iba —y más con quien iba—, traté de sustraerme a su deseo. Y es que me mosqueó un tanto que me dijese en el curso de la conversación que sabía que gozaba de buena salud. Por eso le argüí que me resistía a trabajar con él porque, además, yo le había insultado en público. «¿Y qué dijo usted de mí?», preguntó. «Pues... —contesté—

SEMBLANZA HUMANA-ANECDOTICA DE MANUEL FRAGA

FRAGA Y EL REY. ALIANZA POPULAR PROCLAMA QUE LA MONARQUÍA HA DE SER UN ASUNTO INCUESTIONABLE, UN PARTIDO NO HA DE DIFERENCIARSE DE OTRO EN EL APOYO QUE ESTE CONCEDE A LA INSTITUCIÓN MONARQUICA, SINO QUE LA MONARQUÍA HA DE SER FACTOR COMUN ENTRE LOS MAS DIVERSOS Y OPUESTOS PARTIDOS POLITICOS

que era usted un voceras.» En vez de enfadarse se rió estentóreamente y afirmó: «Esa sinceridad le honra mucho.» Y me dedicó su último libro.

Después, a lo largo de los días, comprendí que fundamentalmente era un hombre de acción, cuya única partitura es la de trabajar por España. Su único desayuno, salvo excepciones, es un vaso de agua, y, ¡hale!, a trabajar en los mil asuntos cotidianos. Si está de viaje, aun con su escasa dieta de sueño, trabaja en el coche, avión o tren, leyendo o escribiendo según que la estabilidad del vehículo le permita eso último. En su trabajo —en a prosa de sus textos— se advierte que sacrifica la brillantez en pro de la eficacia y rapidez.

Me viene a la memoria una simpática anécdota definidora de su viveza como activo observador. Durante la primavera del 76, azuzados todos por la ola de huelgas y manifestaciones, los periódicos sólo se hacían eco de estos conflictos dejando a un lado las noticias humanas y amenas. Como quiera que en un parte de Seguridad leyese, a su velocidad, que dos extranjeras se habían remojado, despelotadas, en la fuente de La Cibeles, me llamó para dolerse de que ningún periódico madrileño recogiese aquella noticia de «striking». Con sentido de humor me dictó unos datos, bien jerarquizados periodísticamente, y los pasé a la redacción de un vespertino amigo, que publicó al día siguiente la noticia en primera página.

Su actividad **dominadora** se nota en todo y quienes hemos trabajado con él, pese a tener iniciativa en lo accesorio, debemos seguir su batuta hasta culminar lo que se pretenda. En campaña electoral ha desarrollado un esfuerzo inigualable: casi doscientos mil kilómetros, más de doscientos mitines, la publicación de tres libros, la redacción de varias decenas de artículos y discursos, incontables cartas, miles de entrevistas y reuniones a veces aburridísimas.

Como su enemigo es el sueño, su dieta de cama se ha visto reducida a cuatro o cinco horas; por eso al anochecer se le exterioriza el cansancio. Y de «fragancia», nada. Es dormilón, pero ese placer le está vedado, y no digamos para la siesta. Me ha parecido adivinarle en su expresión que le gustaría decir como Unamuno en más de una ocasión, cuando le reprochaban que dormía mucho: «Sí, sí, pero cuando no duermo, estoy más despierto que usted.»

UN HOMBRE LIBERAL

Los detractores de Fraga —ignorancia o mala fe— le tildan de autoritario, y con ello le «santifican». Es un hombre tímido, cuyo carácter tosco es una pura y simple coraza. Confunden a las claras sus zafias maneras con una actitud liberal, gran permisividad y hechos que lo demuestran. Muchos de sus interlocutores se cabrean porque dialécticamente es imparable, si bien respeta las opiniones de los demás.

Se ha entrevistado con todos



FRAGA, EN VITORIA. LOS ENEMIGOS SIN CAPACIDAD DIALECTICA SIEMPRE TRATAN DE ATACAR POR ESE LADO. MANUEL FRAGA LO HA REPETIDO HASTA LA SACIEDAD: «YO ESTABA EN ALEMANIA EN AQUELLOS MOMENTOS»

LOS PROBLEMAS DE LOS MAS NECESITADOS SIEMPRE HA ESTADO PRESENTE EN EL ANIMO DE MANUEL FRAGA. LA EMOCION SE REFLEJA EN EL ROSTRO DE LOS HOMBRES; EL UNO POR ESTAR EN CONTACTO CON EL DOLOR AJENO Y EL OTRO POR SABERSE ASISTIDO



FRAGA HA RECIBIDO, A LO LARGO DE SU VIDA, GRAN CANTIDAD DE PREMIOS Y DISTINCIONES. UNA DE LAS MAS SIGNIFICATIVAS, POR LO QUE TIENE HOY DE ANECDOTA, ES LA QUE LE OTORGO LA REVISTA «LA ACTUALIDAD ESPAÑOLA» EN EL AÑO 1976. FRAGA QUEDO EN PRIMER LUGAR DENTRO DE LA CLASIFICACION DE «25 POLITICOS PARA EL FUTURO. ¿UN SINTOMA?»



los grandes líderes de la izquierda (de ello saben José Manuel Otero Novas y Carlos Argos), y es proverbial, al margen de ideologías, su amistad sincera con Tierno Galván, Ruiz-Giménez, etc. A Felipe González le conoció en casa de Boyer y sacó una grata impresión del joven abogado sevillano. Algún día contaré aquella entrevista, en la víspera del primero de mayo de 1976, si me ayudan en la narración Enrique Múgica y Carlos Argos, amigos y entretenedores de las no malas rela-

ciones Fraga-PSOE. Entiendo que a Felipe no le disgusta Fraga pese a que, de cara a sus respectivas clientelas, se zahieran con «puntadas» ingeniosas. Felipe González, en un no muy lejano mitin, dijo de Fraga: «Es un caballero, pero que entra en los sitios con el caballo.»

Tengo la convicción de que quienes encabritan las relaciones derechas e izquierdas son las bases, los militantes de fila, porque los líderes se respetan e incluso estiman. Con motivo de la operación oftalmológica que sufrió Tierno Galván —des-

prendimiento de refina—, Fraga estaba como un león y, dentro de su preocupación, todo era recomendar a Romay, subsecretario de Gobernación, que su amigo y colega Tierno tuviese un excelente trato en el Instituto Oftalmológico, dependiente de la Dirección General de Sanidad.

Del presidente Suárez, aun sabiendo que son adversarios en estas elecciones, jamás Fraga ha tenido un comentario inmisericorde. Cuando la crisis de julio alguien señaló que Fraga no podría continuar como ministro, porque Suárez había sido un subordinado suyo en calidad de jefe de la primera cadena de RTVE. Como advirtiera en este interlocutor cierto tufillo peyorativo, Fraga cortó en seco diciendo: «Eso no, puede ser un buen presidente.» Los colaboradores de aquél, en mi opinión, han deteriorado, en cambio, el juicio recíproco.

En suma, Fraga distingue entre «hostes et inimicus», y siempre, ¡palabra de honor!, sabe y quiere respetar al adversario. Si son sus enemigos, son los del Estado, conforme ha proclamado múltiples veces.

LA ESPONTANEIDAD LE HACE SIMPATICO U ODIOSO

Quizá en otros tiempos, Fraga incumpliese ese aforismo gallego de «dar un paso más largo que su pierna». Hoy, dotado de madurez y prudencia, se manifiesta más cauteloso, aunque sufre traiciones al dejarse llevar por la espontaneidad.

En la intimidad, Fraga suelta algún tacho que otro, arrastrado por ese arranque espontáneo. La víspera del primero de mayo de 1976 se iba a celebrar la presentación, en un hotel madrileño, de la revista «Historia 16». Con su representación, me tocaba a mí ir al acto. Pero mira por donde que la Dirección General de Seguridad lo había prohibido sin saberlo Fraga, pues se halla reunido en Consejo de Ministros. A su regreso

le enseñé un periódico de la tarde con la noticia de la prohibición y le conté que «dudosamente podía representarle». Contestó como por automatismo: «¡Coño, sólo faltaba eso, usted me representará.» La presentación de la revista se celebró, y por ahí anda en los quioscos.

(En mejor momento, acaso en un libro, hable de ingratitudes personales, deslealtades y felonías de muchos que le deben casi todo. Si no lo hago ahora es porque Fraga, pese a esas traiciones, no me consentiría denunciar a los que él llama «amigos del alma».)

La espontaneidad de su vitalismo —así lo sostengo— le acucia a exteriorizar su pensamiento o a actuar rápidamente. Lo mismo te dice (como a mí una mañana, cuando me quejaba de lo mucho que trabajábamos) «si en vez de Gobernación tuviese Justicia, este ministerio lo llevaba yo en dos horas al día», que despidió bruscamente a una visita arrogante y pesada con un habano y un libro. Y seguramente que los amantes de la lisonja y de la falsa amabilidad oyen lo música de Fraga, pero no entienden la letra.

Hay comicidad en esas «salidas», cuando dice: «Yo, por este idea (la defensa de la pena de muerte para los crimines a sangre fría), soy capaz de romperle a usted la pipa que está fumando» o cuando ocurrió el hecho que paso a narrar:

Fraga era testigo de boda de un hijo de Paco Jiménez Torres, y para acudir a la ceremonia tenía que cambiarse de ropa, el traje de calle por el chaquet. Entretanto, estaba en la operación de cambio en el gabinete de su despacho sonó repetidamente el teléfono rojo y la secretaria, la inteligente María Antonia, corrió a descolgarlo. Justo en ese momento

apareció junto al teléfono Fraga, pero en calzoncillos. La secretaria se retiró ruborizada y riendo.

SU LEGENDARIA MEMORIA

Que su memoria es una vigilia de su capacidad intelectual, nadie lo duda. Ahora bien, ese memorión, ayudado por su rápida imaginación, le obstaculiza para hablar con soltura, espaciadamente y vocalizando. Por eso no es buen orador y hasta estrella las palabras al preferirlas. Se trabuca o las dispara a borbotones y la gente no se entera plenamente, sino de los finales de frase. Si he tratado de corregirle, me ha hecho caso un momento, luego se le olvida y prosigue su perorata a velocidad de vértigo. «Mi querido amigo —dice—, genio y figura hasta la sepultura.» Como la oratoria de improvisación no es su fuerte, prefiere el discurso con «contable», leído.

Se cuentan muchas anécdotas acerca de esa potente memoria, mas creo que son de segunda mano. Mi experiencia me conduce a una singularmente reciente. Estaba convocado para un programa televisivo «El Gobierno informa» y, en mi calidad de jefe de los Servicios Informativos de Gobernación, le preparé un «dossier» con información sobre la actividad que desarrollaban las direcciones generales no políticas. Le bostó medio hora o menos para almacenar en su memoria cantidad de datos que luego repitió, de forma motivada, en la rueda de Prensa. Comprendí entonces que en las oposiciones fuera un rival de primer rango.

UN JEFE DESPISTADO

De la misma manera que es diligente y trabajador indoma-



FRAGA TOMA UNA TAZA DE CAFE, TRAS SU PARTIDA DE DOMINO, DEL QUE ES UN GRAN JUGADOR Y AFICIONADO. UNA MESA, ENTRE PARTIDA Y PARTIDA, ES UN BUEN LUGAR PARA CONOCER A LA GENTE Y SUS PREOCUPACIONES. UN JUEGO DEL PUEBLO PARA UN HOMBRE SENCILLO



NO SOLO SE BRINDA POR ESPARA, SINO POR UNA BELLA MUJER, ASPECTOS AMBOS QUE NO PUEDE DEJAR PASAR UN CABALLERO ESPAÑOL

ble, sus «despistes» sobre los hechos menudos, sobre la realidad social, a veces son de carcajada. Guarda todos los recortes de Prensa referidos a su persona, con vistas, imagino yo, a publicar un día sus memorias para susto de muchos. En plan «hormiguita» lee y recorta periódicos y revistas, y particularmente los chistes y caricaturas, de los que tiene una formidable colección. Aunque sean dibujos de escarnio, no le parecen malos y, comprensivamente, siempre repite que el celtíbero es un ser para el humor.

Las revistas jamás han recibido una queja, al contrario, muchos dibujantes le dispensan el honor de regalarle sus originales.

Volviendo a su despiste, por culpa de ver poca televisión, su familia rió con ganas aquella vez que la revista «Por Favor» lo sacó en portada con una foto trucada en la que aparecía vestido de Heidi. Al comentarlo con sus hijos les dijo: «Mirad, me han sacado vestido de Caperucita Roja.» Para Fraga, Heidi y Caperucita Roja eran poco menos que hermanas gemelas.

En lo tocante a dinero, y ello es prueba de su modesta vida, no distingue el valor adquisitivo de las monedas, y de aquí que dé propinas exageradas con arreglo a sus limitados ingresos de catedrático. Es la extensión práctica de su acendrada honestidad. Como no tiene automóvil propio (el que tenía lo tuvo que vender), se sirvió de taxis, y más de un profesional de este sector corroborará cuanto digo. Desde que se terminó por su vida, debido a las amenazas de ETA y otras organizaciones comunistas, Alianza Popular no le ha permitido «andar tan suelto», y ahora es

esclavo de viajar en un automóvil especial.

A su hija mayor la Guardia Civil de Tráfico le impuso una multa por infracción del Código, y Fraga, sin privilegio de ser ministro de la Gobernación, se avino a pagar como debía ser. Su secretario particular, señor Blanco Argibay, no sabía qué hacer con la notificación de sanción y le aconsejamos que se la pagara al director general de Tráfico en persona. Resulta que la multa, por virtud del indulto regio que se concedió en la coronación de Don Juan Carlos, había sido condonada. Había que ver —de lo que fui yo testigo presencial— con qué alegría infantil Fraga sacó su billeteo y se guardó las 500 pesetas de la multa.

A VUELTAS CON LA TERNURA

Cualquiera diría, si se deja conducir por la apariencia, que Fraga tiene una epidermis de rinoceronte, insensible a los negocios del microcosmos. Ni mucho menos. Su predisposición al papel de «duro», conforme pueda exigirlo el calendario zaragozano, multitud de veces se viene a bajo y se manifiesta tierno como un mozalbeté. Para él, ductilidad, afabilidad, obsequiosidad, no adornan lo suficiente a un político moderno que ha de estar en el órdador adoptando decisiones antipáticas y enérgicas. Que a un político de su talla le lleyen las maletas, le pongan el abrigo o le abran la puerta del coche es algo obligado. Pues bien, él siempre se siente un poco avergonzado por dicha liturgia cortés.

La literatura clásica la ha recorrido en sus obras fundamentales y, del mismo modo, conoce la antología de compositores célebres, aunque no esté

dotado exquisitamente para la música. En cambio, tanto el devenir de las Bellas Artes como la Historia son sus aficiones favoritas. Procura habitualmente celebrar reuniones —almuerzo o cena— con profesionales de las artes y oficios y de este modo se pone al día de la información vertida por los labios de los propios interesados.

El contrapunto de sus ausencias informativas en lo tocante a novedades artísticas, no obstante, lo proporciona su encantadora mujer, María del Carmen, ávida permanentemente a la actualidad del mundo contemporáneo.

Abundar en puntos hagigráficos fáciles trucaría el objetivo de esta carta-reportaje, pero no puedo desdeñar el relato de un hecho que protagonizó Fraga en Las Hurdes ante Gabi Cisneros, Bravo Morate y el periodista, así como ante otras personas desconocidas.

El sol se había levantado entre nubes y soplabla una brisa gratificadora cuando la caravana llegó al Cottolengo, institución sanitaria habilitada y atendida franciscanamente por unas monjas de otro mundo. Los enfermos se alineaban en el patio para estrechar la mano a Fraga. El final del recorrido era la capilla. Y como un meteorito, el ministro se coló en la iglesia. Allí, en la primera fila, Fraga comenzó a llorar entre convulsiones, como un peccador contrito, y Gabi Cisneros y yo nos miramos aturdidos. El padrenuestro que rezó Fraga frotándose los ojos con un pañuelo me sonó a diálogo de Cristo y Don Camilo. Al salir «Torbellino» Fraga quería escapar por la terraza para que no viésemos sus lágrimas, que le delataban como a un hombre tierno. Luego todo fueron promesas, que comenzó a cumplir

en Madrid: caminos, material sanitario, etc.

LA GUINDA ULTIMA

Al escribir largo le asalta a uno eso de poner la guinda en lo más alto. Sufro la tentación y no la soporto en la inteligencia de que todavía he de escribir mucho de Fraga, en un libro mediohecho, que verá la luz cualquier mes de éstos, con confesiones irritantes —lo aseguro— y con documentos para

espasmo de viejos lobos y cachorros de la política.

Hoy, sin embargo, querido lector (o elector), he penetrado de puntillas en la personalidad de Fraga y con ello me basta. El que quiera que indague, se cerciore de cuanto he escrito y, de lo contrario, que busque programas de mano en otro lugar.

Cordialmente,

Rogelio BAON